



El presidente Andrés Manuel López Obrador recibió un país en ruinas. Frente a esta situación, optó por regresar hacia atrás. Ha profundizado la política neoliberal que tanto critica; e igualmente grave, su política antidemocrática lleva el sueño de regresar a un régimen de partido de Estado. Como en los mejores tiempos del rancio PRI. Sobre esta característica del gobierno de AMLO me quiero detener a cinco años de inaugurado su mandato. Treinta y seis años de metódico desmantelamiento de los instrumentos del Estado para una conducción económica progresista, de la mano de la supresión de derechos laborales conquistados, no podían tener otro resultado que un *ruinoso país*. Durante ese periodo se profundizaron la inveterada corrupción; la desigualdad; la pobreza; la inseguridad pública; el crecimiento del crimen organizado; la migración; el deterioro de las condiciones de vida y de los sistemas educativo y de seguridad social.

PRI y PAN en la presidencia se dedicaron de manera sistemática a labrar esas ruinas. Como castigo a esas políticas, no es casual entonces que AMLO sea el presidente con mayor cantidad de votos –genuinos, por cierto– en la historia del país. Un presidente con esa legitimidad legal y política tenía en sus manos las condiciones para sentar las bases de un nuevo rumbo nacional. Sin embargo, no fue así. Hagamos un poco de memoria. Si a AMLO se le reconocieron los 30 millones de votos fue porque, en el camino, el movimiento democrático que salió a las calles en 1988 conquistó, después de largas luchas, un órgano autónomo del Estado que organizara las elecciones para lograr el respeto al voto ciudadano, para que esos votos se contaran y se contaran bien. Fueron varias las reformas electorales que hubieron de sucederse para lograr esa conquista, para abrir las puertas a la pluralidad y a la alternancia. La humanidad no ha inventado otro sistema jurídico-político para la convivencia civilizada que la democracia, para empear, la democracia formal.

En el periodo 1982-2018, frente a los reclamos de la movilización ciudadana, a los gobiernos no les quedó más remedio que ir abriendo las puertas a esa democracia formal. Pero ahora resulta que al proyecto transexenal de AMLO esa conquista ciudadana le estorba. Quiere que la sociedad retroceda a la década de los treinta. Por fortuna se ha topado con la resistencia ciudadana, la cual ha logrado detener el desmantelamiento del INE. Pero como su pulsión antidemocrática no se detiene, ahora aspira no sólo a que el partido del gobierno gane la elección presidencial en 2024, sino, además, la mayoría calificada en el Congreso para lograr las reformas constitucionales necesarias para fortalecer el presidencialismo autoritario.

Así hizo Salinas de Gortari en las elecciones de 1991. Una vez recuperado del susto de 1988, el PRI inauguró el fraude metódico con la alteración de resultados distrito por distrito, casilla por casilla. Tener en sus manos

aún los procesos electorales, y de manera fundamental el padrón y la lista nominales, le permitió por ejemplo hacer crecer el voto priista en Michoacán en 280% de 1988 a 1991. El INE aún no se desmantela, es otro el momento histórico, pero las intenciones bien coronadas para el salinismo son las mismas intenciones del ahora amloismo. Ya veremos.

Desde que México es un país independiente, el ejercicio del poder republicano está basado en la división de los tres poderes. Nada más sano para el equilibrio de la fuerza entre la representación popular que crea las leyes, el Judicial que sanciona su aplicación, y el Ejecutivo que conduce las acciones del gobierno en sus tres niveles.

Edmundo O’Gorman afirma que el presidencialismo es la nostalgia por el rey. Ese rey que a nadie rendía cuentas, y las que rindiera ante Dios, que era su fuente de legitimidad, eran un asunto muy personal. AMLO padece esa nostalgia, por eso ahora el control absoluto del Legislativo y por eso quiere subordinar al Poder Judicial. Y pretende hacerlo precisamente cuando a duras penas el autoritarismo presidencial se debilitaba y la independencia de los otros dos poderes se fortalecía. Seguramente podemos documentar que muchas de las decisiones de esos poderes han sido para proteger privilegios, pero seguramente también, frente a esos vicios el reclamo es que cada poder cumpla con sus funciones como la Constitución y las leyes mandan, y no regresar a una figura semejante a la de un rey, aunque fuese un rey bueno.



Sigamos con el recuento. ¿Por qué a AMLO no le gusta rendir cuentas? ¿Por qué los ataques e intentos de desaparición del Instituto Nacional para el Acceso a la Información (Inai)? Él dice que genera gastos burocráticos innecesarios, y su propuesta es dejar todo en manos de la Secretaría de la Función Pública, esto es que la

probidad en el ejercicio de la acción gubernamental la sancione el mismo gobierno. Ser juez y parte es la idónea alternativa para volver a la opacidad de los anteriores regimenes. Otro retroceso enorme en los trémulos avances de la democratización del país.

El clientelismo ha sido una columna del poder del Estado en México. Ese tipo de relación entre los individuos y el Estado niega a estos su condición de ciudadanos. En lugar de cumplir con derechos constitucionales establecidos, se reparten migajas por la gracia de quien detenta el poder. Los más de 30 programas sociales de AMLO no han servido para atenuar pobreza y desigualdad; pero muy útiles han sido para generar las redes clientelares que aseguren el voto. Un ancestral vicio del sistema político mexicano que AMLO ha profundizado y extendido.

En 1999 fui candidata a la presidencia del PRD. AMLO era el presidente nacional de ese partido. Mi lema de campaña fue: “Por un partido de izquierda, democrático y moderno”. Esto es, que luche por las mejores causas sociales; que redistribuya el ejercicio del poder y que cumpla con su norma interna y con la ley. Seguramente para el ahora presidente de la República aquella propuesta era un exotismo.

Rosa Albina Garavito Elias